

ORACIÓN

PRONUNCIADA POR

D. FR. TOMÁS CÁMARA
Y CASTRO,

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN Y OBISPO DE SALAMANCA,

EN LA INHUMACIÓN DE LOS RESTOS

DEL

GRAN DUQUE DE ALBA

EN SU SEPULCRO

DEL CONVENTO DE SAN ESTEBAN, DE AQUELLA CIUDAD,

EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1895



MADRID

—
1896

G-F 7615



D GCL
A

ORACIÓN

PRONUNCIADA POR

D. FR. TOMÁS CÁMARA



R. 100856

c. 1168249

t. 99254

ORACIÓN

PRONUNCIADA POR

D. FR. TOMÁS CÁMARA
Y CASTRO,

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN Y OBISPO DE SALAMANCA,

EN LA INHUMACIÓN DE LOS RESTOS

DEL

GRAN DUQUE DE ALBA

EN SU SEPULCRO

DEL CONVENTO DE SAN ESTEBAN, DE AQUELLA CIUDAD,

EL DÍA 8 DE JUNIO DE 1895



MADRID

—
1896

EST. TIP. «SUCESORES DE RIVADENEYRA».

*Accinxisti me fortitudine
ad prælium; incurvastî re-
sistentes mihi, subtus me.*

Ceñíste de fortaleza
para la batalla, y postraste
á mis plantas á cuantos se
me resistieron.—(II Reg.,
xxii, 40.)

EXCMO. SEÑOR: ⁽¹⁾

No he subido á esta cátedra á pronun-
ciar una oración fúnebre.

Podrán las circunstancias dar este carác-
ter á mis palabras, porque en el templo, y
entre las sagradas ceremonias, sólo auto-
riza la Iglesia que se celebre con cantos de
alegría la memoria de los bienaventurados
puestos en los altares: para los demás, en-
vuelto en las sombras de la eternidad, no
hay más rayo de consuelo que la esperanza
de la oración y la misericordia del sufragio.

(1) El Duque de Alba, que, de gran uniforme, presidía el duelo con el Duque de Tamames y el Marqués de la Mina. En los bancos laterales se sentaron el Duque de Montellano, D. Santiago de Udaeta, el diputado Sr. Bullón de la Torre y dignos representantes de las autoridades civil, militar y universitaria.

Junto al presbiterio estaban las Duquesas de Alba, de Fernán-Núñez y de Montellano, y la Sra. D.^a Isabel Soriano de Udaeta.

En el número de *La Ilustración Española y Americana* correspondiente al 22 de Julio de 1895 puede leerse extensa relación de la ceremonia.

La Iglesia no seca jamás las fuentes de lágrimas que vierte sobre la tumba de sus hijos mientras no la contempla rodeada del esplendor de la gloria; por eso el sacerdote reza enlutado su responso, y los coros gimen y lloran, y resuena todavía en las bóvedas el *Requiem æternam*, sin que los siglos transcurridos logren desvanecer el misterio y la significación de los primitivos lutos.

A todos se alcanza la sabiduría que preside á esta santa liturgia. Yo admiro y venero las decisiones de la Iglesia, y he sido el primero en respetarlas y cumplirlas; pero entendiendo igualmente su espíritu, y usando de las prerrogativas otorgadas en semejantes casos al orador sagrado, repito las primeras palabras que han brotado de mis labios: no he subido al púlpito para decir una oración fúnebre.

¿Dónde, dónde había de inspirarse mi triste acento?

Señores, yo no puedo violentar la naturaleza y deshacer la labor que han tejido los años en nuestro espíritu. ¿Cómo es posible que permanezca aquel dolor primero, y aquellas lágrimas que excitaban la pérdida de un sér querido, con quien se ha conversado entrañablemente? Ante todo, debo aparecer á vuestros ojos y á vuestra conciencia como hombre de bien, hombre de ingenuidad.

Por otra parte, yo me he esforzado, señores, por revivir en mi imaginación la figura del Gran Duque de Alba; y al seguir las huellas de sus pisadas, y consultar el veredicto de la historia, y escuchar los votos de venerables maestros, ha inundado mi fantasía tal raudal de luz, resplandor tan vivo de gloria, que mi corazón salta de regocijo, y mi lengua, si fuera elocuente, trocarase en armoniosa arpa para entonar dignos cantares á la memoria de nuestro héroe. No, no es posible llorar sobre los restos del Gran Duque, del vencedor de cien batallas, del portador glorioso de la bandera española por toda Europa, del invicto adalid de la fe y martillo de la herejía..... Si queréis que lllore, lloraré el que España no celebre más regocijada y agradecida el nombre de este insigne capitán; lloraré el que no abunden sus admiradores entusiastas y, sobre todo, imitadores de su fe y de su valor, émulos que brillanten como él las armas españolas y hagan enmudecer las envidias de nuestros rivales.

Señores, D. Fernando Alvarez de Toledo, tercer Duque de Alba, el Gran Duque, que intitulan las historias, fué, en verdad, grande por la fortaleza invencible de su espada; más grande por la fortaleza de ánimo en vencerse á sí propio.

Desplegando un tema todo de grandeza, y que me tiene asombrado y empequeñe-

cido, como si no me bastara mi insignificancia, fuerza es recomendarse á la benevolencia del auditorio. Perdóneme vuestra bondad esta mi fácil y acaso indiscreta condescendencia en hablar hoy; y que el Cielo, de donde fluyeron las singulares prendas del Duque, me asista con su gracia para que acierte yo á celebrarlas con gloria para Dios y fructuosa enseñanza para todos nosotros.

Os he anunciado, señores, la traza y figura de un caudillo legendario, caudillo de ingenio y corazón donde la Providencia refleja sus magnificencias para desarrollar en los pueblos altísimos designios. ¿Cómo encerrar ahora líneas gigantescas en el molde de un breve discurso? Formadlas vosotros en vuestra imaginación: ya las conocéis; rápidos y salientes rasgos os refrescarán la memoria, y el gigante aparecerá espontáneamente y por maravilloso arte dibujado en vuestra fantasía. Vosotros os sentiréis entonces conmovidos, rindiendo, como yo, tributo de admiración y entusiasmo á la heroica fortaleza.

Piedrahita fué la cuna del Gran Duque, nacido en 29 de Octubre de 1507, de don García de Toledo, quien murió gloriosamente en los Gelves. Contaba á la sazón tres años su hijo Fernando, por lo que

Don Fadrique, segundo Duque de Alba y abuelo de éste, fué el encargado de su educación militar, como Boscán lo fué de la literaria.

Tal despejo brilla en la inteligencia de Fernando y tal ardimiento enciende su corazón recordando la sangre vertida por su padre en los campos de batalla, que, gallardo é impetuoso mancebo de diez y siete años, huye secretamente de los halagos de su casa para darse á las fatigas de la guerra en el ejército sitiador de Fuenterrabía. Con el bautismo de sangre de aquella jornada, bien confirmada su grandeza de alma, tomó por esposa á los veintidós años á su prima D.^a María Enríquez de Toledo.

Tampoco las dulzuras del hogar detuvieron la bravura y los ensueños de alta gloria de D. Fernando. Arde la guerra contra el Turco en Hungría, y en tan lejana región se presenta el Duque para ser el pasmo de los combatientes y merecer por lauro la profecía de Nadasti, de «que sería el mejor Capitán del siglo». Elegido fué en 1535, contando veintiocho años, para acompañar al emperador Carlos V en la expedición de Túnez, é igualmente distinguido en la rogativa de Barcelona, celebrada con tal motivo, antes de zarpar la escuadra, para llevar las varas del palio, junto con el Emperador, el infante D. Luis de Portugal y el Duque de Calabria. La mano



que hubiera tocado el pecho ardoroso y agradecido del joven caballero, ¡cómo hubiera sentido latir dentro la lealtad y el heroísmo! El Emperador sabía leer en aquel corazón generoso; y cuando, contra la opinión de recelosos cortesanos, le aconsejaba el Duque que aceptara el hospedaje que en Aguas Buenas le ofrecía Francisco I, el Emperador descansaba en el noble vasallo, intitulándole «el conservador de su honra».

De la honra de la patria también.

Para ello va á subir á la cumbre de la gloria. En la campaña del Rosellón (1542) luce sus prendas de habilidad estratégica, y con su pericia é ingenio obliga al Delfin á levantar el sitio de Perpiñán. El Emperador le nombra Capitán general del reino, cuya guarda le encomienda durante su ausencia de España, con facultad de acompañarse con una escolta de cincuenta caballos y cien alabarderos.

No es aquél todavía su más preclaro timbre, porque en 1546 entra en la campaña del Danubio y se arroja sobre los rebeldes luteranos mandados por el Elector de Sajonia, Juan Federico, desbaratando con sus trazas los intentos de la Liga de Smalkalda. El 24 de Abril de 1547, ése fué su día venturoso, ése le amaneció feliz, asistido su brazo de la fuerza incontrastable del Omnipotente; en ése ganó la batalla de Muhlberg, haciendo prisionero al mismo Elector,

jefe de los derrotados ejércitos. ¡Gloria á Dios! ¡Fué triunfo de la fe, victoria de España! ¡Laureles al Gran Duque! ¡Nárrelos él, que nos abra él su pecho y desahogue sus vivas emociones! ¡Ah! Las ha grabado en su secreto memorándum, en las sagradas cláusulas de su testamento; allí se lee consignado:

«Aquel día (el de la prisión del Elector de Sajonia) llevaba yo el estandarte de San Jorge, abogado del Imperio de Alemania, y es mi firme voluntad que se cante ese día en el monasterio de San Leonardo de Alba, todos los años, una misa, y que esta solemne fiesta haga conmemoración de Santiago, bienaventurado apóstol de España, con cuyo favor y ayuda fué Dios servido de hacer tan gran merced.»

Tal era el sentir y vibrar de un corazón tan cristiano como guerrero.

Oigamos lo que expresaban otras lenguas de muy alta resonancia. Corría de boca en boca que uno de los milagros más estupendos de las guerras de Josué habíase repetido en los campos de Muhlberg, por lo que años después preguntaba el Rey de Francia al Gran Duque si era cierto, según decían, que en aquella batalla se había parado el sol..... Á lo que contestó el Duque: «Señor, tanto me ocupaba lo que pasaba en la tierra, que no me fijé en lo que sucedía en el cielo.» Alabad la delicadeza, la modestia

y la honda preocupación del caudillo. No se pararía el sol; pero el Duque, sin cumplir cuarenta años, había tocado en el zenit de su gloria, teniendo exacto cumplimiento el vaticinio de Nadasti.

Hemos visto al capitán esforzado cubierto de laureles; el Emperador le distingue y honra como á Príncipe de sangre Real, y así, en las instrucciones á su hijo don Felipe, al ir éste á tomar posesión de los Países Bajos acompañado del Duque, le indica que si sentaba á algún príncipe á su mesa, dispensara igual honor á D. Fernando Alvarez de Toledo.

Persuadidos estáis de la fortaleza insuperable de su brazo; mas ahora, sin que se eclipse la aureola de sus triunfos, antes combinando resplandores con resplandores, admiraréis la grandeza del alma cristiana, esa que alcanza las victorias sobre la genialidad propia y sobre nuestras pasiones indomables.

No se manifestó nunca partidario del sitio de Metz (campaña de 1552); mas el Emperador lo ordena, y el Duque lucha denodadamente, y con tanto más ahinco cuanto que sus fatigas se estrellan en una empresa infecunda.

Corrientes palaciegas le alejan luego de la corte con el nombramiento de Gobernador de Milán y virrey de Nápoles, y al escasearle los recursos, no vacila en empe-

ñar las alhajas de su mujer para pagar á los soldados.

En la guerra con Paulo IV (1556), á la vista de la ciudad santa, la veneración á la Sede apostólica y la repugnancia al saqueo de Roma le obligan á arrostrar las murmuraciones de las tropas, y apela á una estratagemata para alejarse de aquellas respetables murallas.

Autores extranjeros reconocen que, al apoderarse de varias plazas de los Estados Pontificios, dirigía las operaciones con notable comedimiento.

¡Qué tratado de paz firmó con el representante del Papa! Bien claro lo expresaba él: «Las bases que me proponen son de vencedor, no de vencido.» Pero cerró los ojos porque pactaba con el Jefe de la Iglesia y en nombre de España; y, no obstante de obrar como soldado obediente á su Rey, solicitó personalmente la absolución, demostrando profunda adhesión á la Santa Sede, manifestando asimismo que jamás hombre alguno le había infundido pavor hasta hallarse en la presencia del Sumo Pontífice.

Recibido, por tanto, en Roma con solemne pompa, el Papa envía á la Duquesa de Alba el obsequio destinado generalmente para las personas Reales, la inestimable Rosa de Oro.

De nuevo los disturbios de Flandes recla-

maban el brazo de hierro del Gran Duque, y el rey D. Felipe II, después de condecorar su pecho con el Toisón de Oro, le envía por capitán general contra aquellos obstinados herejes.

Entonces se empeñaron los gloriosos combates de la Casa Roja (14 de Julio de 1658), la batalla de Gemmingen (21 de Julio), la de Get (20 de Septiembre) y otras refriegas memorables.

Y tal importancia se vislumbraba para la causa católica en estas luchas, que el Santo Pontífice Pío V ordena celebrar por tres días procesiones públicas en la Ciudad Eterna, á las cuales asiste él á pie, rodeado de su corte y de los embajadores de los príncipes cristianos, prescribiendo asimismo en todo el orbe católico públicas rogativas.

En memoria de tan señalados triunfos, Amberes le erige una estatua con los cañones arrebatados al enemigo, y San Pío V le envía el Estoque y el Galero, distinción comúnmente reservada por los Pontífices para príncipes y reyes.

En la campaña siguiente de Holanda de 1572, D. Fadrique se apodera de la plaza de Mons, y luego de la de Harlem (14 de Julio de 1573), gracias á enérgicas excitaciones del Duque, su padre.

Pero la guerra consume todos los caudales, y puesto, por falta de buques y dinero, en situación crítica, escribe al Rey

en demanda de recursos. El Rey, que había recibido una diputación belga quejándose del rigor del Duque; influido, además, por los cortesanos malquistos con don Fernando, le contesta desabridamente, y al fin le llama á España, declarando que anhelaba los triunfos unidos á la moderación en el gobierno. De este consejo se hallaba persuadido el Duque no obstante sus temperamentos enérgicos, pues desde Utrecht, con fecha 28 de Julio de 1573, había escrito al Rey, diciéndole: «Ahora, señor, es menester procurar por todas las vías posibles, y con todas las blanduras que en el mundo se puedan hallar, la reducción de este pueblo, porque, estando V. M. armado como está, tiene lugar la misericordia, y la tendrán por tal; y si en otro tiempo se acometiera con ella, fuera darles ocasión de mayores desvergüenzas.»

El Gran Duque entregó el mando el 29 de Noviembre de 1573 á D. Luis de Requeséns, y regresó á España.

Llegado á ella, y no logrando hacer desistir al Rey de Portugal de su expedición á Africa, dejó consignado el Duque: «Convencido de la firme resolución del rey D. Sebastián, y juzgando imposible hacerle desistir de ir á Africa, no he querido yo, tan cauto en mi juventud, que á la vejez pueda nadie achacar á mis consejos la pérdida que preveo de un Rey y de su reino.»

Después de este desastre, el rey D. Felipe II fijó su mirada en Portugal, cuya corona creía pertenecerle; y necesitando un general para su conquista, consulta al Duque si le agrada encargarse del mando del ejército. ¡Pero si el Duque, por dejarse llevar del amor de padre y favorecer el casamiento secreto de su hijo D. Fadrique, se halla preso en Uceda! Sí; pero el Rey sabe que detendrán las cadenas los pies del Duque, pero que no hay prisiones para detener el vuelo generoso de su alma.

¡Oh hidalguía sin ejemplo! ¡Oh reyes y capitanes de los siglos de la fe! El Duque sale de la cárcel diciendo que el Rey le manda á conquistar reinos arrastrando grillos y cadenas. En efecto, el 25 de Junio de 1580 pasa el Duque el río Caya, triunfa en Alcántara (25 de Agosto), y en Junio de 1581 se corona D. Felipe en Lisboa como rey de Portugal. Y aquel Rey, á causa de los clamores sobre exacciones de las tropas, manda jueces de residencia, disgustando hondamente al general conquistador, cuyos soldados se quejaban de él precisamente por las prohibiciones severas de saquear un reino que, en su sentir, *habían tenido que ganar, como el del cielo, ayunando á pan y agua.*

No os apene tan recia é inesperada contrariedad del Duque, porque la contrariedad es el crisol donde se purifican las almas

de temple. Ahí es donde el Gran Duque, volviendo la vista atrás, á su vida azarosa de correrías y peligros, de batallas y victorias, prolongada maravillosamente hasta los setenta y cinco años, levanta los pensamientos á la eternidad y descubre los horizontes de la región serena de la verdad y de la justicia.

Alzad también vosotros la mirada de esta miserable tierra, y reparad en los desig- nios del Cielo. Observad: la Duquesa de Alba, hecho testamento con el Duque al salir éste para Portugal, se retira al mo- nasterio de Alba de Tormes, y para con- solarse santamente en todo, en los triunfos y en las amarguras de su esposo, en los tran- ces apurados y en las alegrías de sus hijos, pide al P. Antonio de Jesús, vicario pro- vincial de carmelitas, y el P. Antonio, y Dios por él, le envía de ángel conforta- dor..... á Teresa de Jesús, que, torciendo los caminos, va á ser su eterno consuelo, el nuestro, el tesoro y la honra inapreciables de Alba de Tormes y de la diócesis de Sala- manca, depositando la santa en la villa ducal sus últimos suspiros, los más acendrados afectos del divino amor, juntamente con la fragancia de sus restos mortales (4 de Oc- tubre de 1582). Para la Duquesa y para Alba, una Santa Teresa de Jesús: sus nombres se enlazarán en la historia y res- plandecerán juntos al describirse la pre-

ciosa muerte de la reformadora del Carmelo.

¿Y el Duque? El Gran Duque, en los brazos también del venerable Fr. Luis de Granada. Encontró en Lisboa á este su amigo venerado, cuyas obras, por la estima cobrada á su lectura, había hecho él estampar en Amberes en aquel linaje de ediciones plantinianas tan ricas y espléndidas que eran lustre de los autores y de sus Mecenas. Con él conversaba y derramaba sus sentimientos.

Desde la terminación de la gloriosa jornada de Portugal había pedido permiso el Duque para retirarse de la corte; mas, negado por el Rey, continuaba en ella, aunque sin intervención en asuntos de gobierno, solamente preocupado con el negocio de la salvación de su alma.

La coronación de la vida del guerrero cristiano que tantas veces desenvainó su acero contra los rebeldes á la fe y á la patria, quiso Dios fuera digna de sus hazañas inmortales; y así, con la serenidad del alma fuerte y entre la oración y la frecuencia de los Sacramentos, derramando limosnas y perdones, gastó el año largo de su estancia en Lisboa. Con entereza cristiana sobrellevó los treinta y tres días de enfermedad; y vencedor en la última batalla, sábado 11 de Diciembre de 1582, murió en el ósculo del Señor entre los resplandores de inmar-

cesible gloria, el llanto de la patria y las bendiciones de la Iglesia.

El escritor insigne y varón espiritual, tan elogiado de San Carlos Borromeo y querido de Santa Teresa de Jesús, ornamento preclaro de ambos reinos, fué el destinado para dirigir su conciencia desde que entró en Lisboa, el que antes de caer enfermo le preparó para el viaje de la eternidad, ángel visible de guarda en sus postrimerías, el que veló su sueño, y en páginas de oro cantó y reverdeció sus laureles, esmaltando con primores literarios las raras virtudes de aquel invencible capitán.

La carta de pésame que dirige Fr. Luis á la Duquesa de Alba á los cuatro días de la muerte del Gran Duque, es la mejor oración fúnebre y autorizado panegírico de sus valiosas prendas. Oiganse sus comienzos: «Los que conocimos á este Príncipe que nuestro Señor sacó de este destierro y llevó á su gloria para darle el premio de tantos trabajos como padeció en servicio de su Iglesia, aunque sentimos la común pérdida de tal persona; pero témplase este dolor considerando la vida que vivió y la manera con que la acabó: porque tal fué lo uno y lo otro, que nos da á todos una tan cierta esperanza de su salvación como si la viéramos con los ojos.»

Fray Luis de Granada consigna en este documento la declaración que hizo el Du-

que á Felipe II cuando fué el Rey á visitarle en su postrera enfermedad: «Yo estoy, señor, para partirme de esta vida, donde nadie puede dejar de decir verdad. Tres cosas diré á Vuestra Majestad: la una es que nunca se ofreció negocio vuestro, por pequeño que fuese, que no le antepusiese al propio, aunque fuese importantísimo. La segunda es que mayor cuidado tuve siempre de mirar por vuestra hacienda que por la mía, y así no soy en cargo á vos ni á ninguno de vuestros vasallos de un solo pan. La tercera es que nunca os propuse un hombre para algún cargo que no fuese más suficiente de cuantos yo conocí para ello: pospuesta toda afición.» «Tres cosas son éstas, exclama Fr. Luis, que las podemos contar por tres maneras de milagros: porque ¿cuándo, en tantos años de capitán general, donde tuvo por soldados á tres emperadores y á un caballero que después fué Papa, se vió tal virtud, tal lealtad, tal conciencia y tal templanza?.....»

«Beneficio era gozar de tan señaladas prendas de su salvación, y más particularmente yo, añade el venerable escritor, que tuve cargo de su conciencia desde que entró en esta ciudad; y es verdad cierta que las más veces que lo confesaba salía confuso y avergonzado de mirarme á mí, y por otra parte, ver su compunción y devoción y sus lágrimas, y las palabras que decía, y el

sentimiento de las cosas de Nuestro Señor.»

Señores: por razones obvias, la Iglesia no discute las aseveraciones de los santos: bien sé que á Fr. Luis de Granada no le veneramos todavía en los altares; pero se veneran sus escritos como santos en la Iglesia de Jesucristo. Y ¿qué persona juiciosa dejará de reconocer el peso de la autoridad del venerable Fr. Luis de Granada?

¡Ah! ¿Es que sobre la humana flaqueza descúbrese en una vida azarosa y guerrera alguna sombra, algún defecto, de temperamento acaso, de exigencias de la época sin duda, más que de malas entrañas ni torpe entendimiento?.....

En la carta de Fr. Luis se hallará la excusación de los supuestos lunares: allí está la esponja para desvanecerlos.

Mas ¿queréis vosotros, además, un testimonio irrecusable, brotado del corazón mismo del Duque, en abono de su fe y de su devoción á la Iglesia de Jesucristo? Pues, aparte de la abundancia de sus limosnas y de las obras pías de su testamento, reparad en las insignias del mausoleo, intérprete fiel de su voluntad. ¡Cuántas palmas y laureles le dedicaron los pueblos! ¡Qué trofeos no arrebató á sus enemigos! ¡Con qué honores no le distinguieron los Reyes! Nada de eso se ostenta en su sepulcro; sobre su tumba no se encuentran más que los obsequios de los Papas, las distinciones de la Iglesia



católica. No busquéis otros blasones, que no los hallaréis. Tal es el guerrero de la fe, el prócer que estima y avalora las joyas de la Iglesia.

Léese en su testamento otra cláusula, estímulo para nuestra gratitud, título nuestro de honra. Manifiesta que desea continuar la obra de su tío, el cardenal fray Juan de Toledo, y levantar la soberbia capilla de esta iglesia, donde fijaba su enterramiento. ¡Cuánto le debe Salamanca por este rasgo de piedad!

Atónitos vieron nuestros padres la pompa y acompañamiento con que se trajeron sus cenizas á esta iglesia, y las honras fúnebres que se le dedicaron; grandiosas, pero escasas para un nombre que no cabía en Europa. Más modesto es el recuerdo que ahora le dedicamos; pero no menos afectuoso. Sus ilustres sucesores vienen á cumplir fielmente aquella voluntad de su enterramiento, y á dedicarle nuevo y honroso sepulcro, habiendo sido sus restos entrelazados y compuestos por la mano cariñosa de una Duquesa entusiasta por las glorias nacionales de la casa de Alba, cuyo título lleva y enaltece. ¡Cuánto habrán dicho y enseñado esas amenguadas cenizas al penetrante y delicado ingenio que las ha tocado! ¡Ah, señores! La grandeza humana reducida está á polvo: en pavesas se convierten las ilusiones mundanales; mas tal

es la grandeza inmortal de la virtud, que presta sus resplandores á ese polvo impalpable, y obliga á recogerlo y respetarlo en decoroso mausoleo.

¡Gloria al Gran Duque de Alba, el descanso y la gloria celestial! Salud, gracia y bendición á sus descendientes, para que lleven abillantado el renombre de ese título. Nosotros mirémonos todos en el espejo de los capitanes españoles, en la fe y en las proezas del Gran Duque, que, lejos de eclipsarse, resplandece brillantísimo entre las lumbreras de nuestra edad de oro.



SEPULCRO DEL GRAN DUQUE DE ALBA
EN SAN ESTEBAN DE SALAMANCA





INSCRIPCIONES

DEL SEPULCRO

DEL GRAN DUQUE DE ALBA

AQUI : ESTAN : SEPULTADOS : DŌ : FERNANDO : AL-
VAREZ : DE : TOLEDO : III : DUQUE : DE : ALBA : Q :
NACIO : EN PIEDRAHITA : FL : DIA : XXIX : DE OCT^º :
DEL AÑO : DE : MDVII : Y : SIRVIO : A : SU : PATRIA :
DESDE : EL AÑO : DE : MDXXIV : HASTA : SU : MUERTE :
Ē : LISBOA : EL : DIA : XI : DE : DIC^º : DEL : AÑO :
DE : MDLXXXII : Y : DOÑA : MARIA : ENRIQUEZ : DE :
TOLEDO : SU : MUJER : CAMARERA : MAYOR : DE : LA :
REINA : DOÑA : YSABEL : Y : AYA : DE : LAS : INFAN-
TAS : SUS : HIJAS : Q̄ : FALLECIO : EN : EL : MONASTE-
RIO : DE : S : LEONARDO : DE : ALBA : EL : AÑO : DE :
MDLXXXIII : DFSCĀSĒ : Ē PAZ.

FUENTERRABÍA : HUNGRÍA : LA GOLETA : TÚNEZ :
ROSELLÓN : INGOLSTAD : MÜHLBERG : MILÁN : NÁPO-
LES (*en la derecha*); y CIVITELLA : OSTIA : BRUSELAS :
GRONINGEN : GEMMINGEN : MONS : HARLEM : ALCÁN-
TARA : LISBOA (*en la izquierda*).

LOS : EXCELENTISIMOS : SEÑORES : DŌ : CARLOS :
STUART : Y : PORTOCARRERO : XVI : DUQUE : DE :
ALBA : Y : DOÑA : ROSARIO : FALCÓ : Y : OSORIO :
XXII : CONDESA : DE : SIRUELA : SU MUJER : MANDA-
RON : ERIGIR : ESTE : SEPULCRO : EN : CUMPLIMIENTO :
DE : LA : ULTIMA : VOLUNTAD : DE : SUS : ILUSTRES :
ANTEPASADOS : EL : AÑO : DE : MDCCCXCV.





